

## El eterno pasado

El mundo no puede creer todavía a sus ojos. ¿Es ésta, pues, y está allí efectivamente Rusia? ¿Es ésta la Rusia que hace diez años deslumbraba a Europa con la corona de Justiniano y el manto de Teodora, centelleante de oro y de piedras preciosas? ¿Es, pues, la misma, ésta, que cubierta de llagas, medio desnuda, hambrienta, manchada de fango y de inmundicias, tiende la mano al traseunte?

Nuestro estupor no puede rendirse a la realidad. Esta ruina apocalíptica nos parece tan en desacuerdo con las leyes que rigen el mundo, que no creemos en su duración. El eclipse de una potencia que fue tan grande, no puede ser sólo pasajero. Todo el mundo está seguro que la grande desaparecida va a reaparecer uno de estos días. de improviso, bajo la forma que cada uno desea para sus intereses. Y sin embargo, el buen sentido ¿no nos dice que se necesitan muchos menos esfuerzos y tiempo para destruir que para crear? ¿Que hacen falta veinte años al hombre para llegar a serlo y un segundo basta para matarle? ¿Que se necesita un siglo para edificar lo que el fuego devora en una noche?

Si aplicamos asimismo a los grandes imperios de la tierra esta sencilla verdad del buen sentido, ¿no conduciríamos el temible misterio de este inmenso hundimiento a una verdad elemental? Cuatro años de guerra y cuatro de revolución han destruído la obra de muchas generaciones. Muchas generaciones serán necesarias para reedificarlo. Lo demás es ilusión y químera.

\* \* \*

Mas no razonamos de este modo. Después de cien años, hemos abandonado la estrecha prisión de las humildes verdades y del buen sentido, por una fabulosa aventura en la región de lo inverosímil. Nos negamos a volver a la estrecha prisión.

Hace más de un siglo, un pueblo, situado en el centro de Europa, se comprometió a rehacer el edificio del tiempo. Para rehacerlo rompió la columna central que sostenía entonces todo el edificio: la autoridad del rey. El edificio se hundió sobre el audaz destructor, que quedó sepultado entre los escobros, aparentemente, para siempre. Pero, de repente, se le vió salir indemne, enderezarse, lleno de una fuerza casi sobrehumana, arrojarse sobre Europa, y con los restos del antiguo, reconstruir en algunos años el nuevo edificio de los tiempos, más vasto, más armonioso, más rico, aunque sobre cimientos menos sólidos.

Al cabo de veinte años, de guerra, todos, vencedores y vencidos, se encontraban más fuertes que antes. Por primera vez, milagrosa paradoja, una civilización fue reanimada y fortificada por una hemorragia torrencial. Una guerra implacable de veinte años fue el vestíbulo no de una desastrosa decadencia, sino del más activo y más afortunado de los siglos.

Después de cuatro generaciones no hay precepto humano o divino, doctrina sagrada o profana, lección de la experiencia o verdad elemental del sentido común, que resista a este fabuloso recuerdo. Después de cuatro generaciones, la Revolución y la Guerra son las dos divinidades gemelas de la fuerza, de la potencia, de la dicha, que la civilización occidental adora en secreto cuando no se atreve a hacerlo públicamente. La poesía les ha trenzado sus guirnaldas. La filosofía y la historia les han construído templos en el espíritu de las generaciones. Dos dinastías—los Hohenzollern y la casa de Saboya—no han vacilado en tomar a su servicio la Revolución al lado de la guerra.

Todos los pueblos descontentos de su suerte, todas las clases y todos los hombres maltratados por la fortuna, todas las doctrinas en lucha con el pasado, todas las ambiciones comprimidas por el presente, han deseado, invo-

cado, esperado, ora la Guerra, ora la Revolución, ya la Guerra y la Revolución, como las libertadoras, las vengadoras, la esperanza suprema de débiles y fuertes.

¿Recordáis la loca alegría de Rusia en 1917, cuando ya las llamas habían hecho presa en sus vestidos? Bailaba, reía, gritaba ebria de júbilo. Ni un solo momento pensó que el fuego podía quemarla. Por otra parte, el mundo la animaba gritándole: «¡bravo!» ¡El viejo régimen estaba tan podrido! Una revolución, esto es, un nuevo milagro, ¡parecía tan necesaria y tan fácil! Y cuando nuevamente, rota la columna central, se hunde el edificio de los tiempos sobre los demoledores, nadie se horroriza. Lo ocurrido más de cien años ha en Francia se repetiría en Rusia. De un día a otro veríamos al pueblo ruso salir gigante rejuvenecido, de los escombros....

Y todavía lo esperamos, aunque un poco quebrantada nuestra esperanza. El universo espera todavía deslumbrantes o trágicas sorpresas que de un día a otro deberá parir Oriente, porque ha hecho una revolución, ya que a nadie se le ocurre que una revolución pueda extinguirse, oscura y lentamente, en una larga miseria.

\* \* \*

Y, sin embargo, es esto lo que sucederá. La revolución rusa no oculta en su seno otra sorpresa que la que el sentido común pudo entrever desde el principio: ¡la obligación de reconstruir trabajosamente en muchos años lo que ha sido destruído en un fuego de algunas semanas! Rusia es la puerta por la que la civilización occidental va a entrar de nuevo sin apercibirse y creyendo marchar hacia el porvenir, en «eterno pasado»; en el destino común a todas las generaciones, que un misterioso designio había suspendido por un siglo privilegiado. Nadie conoce ya este «eterno pasado»; la historia misma le ha olvidado. De aquí que cada cual espere volver a ver, una

vez todavía, el milagro del fuego que regenera, de la hemorragia que reanima, de la creación más fácil y rápida que la destrucción.

¿Sí; hace cien años Europa salió rejuvenecida de las llamas. Pero ¿cuándo, como entonces, lloverán de los astros tantas influencias favorables sobre el mundo para repetir este milagro? ¿Cuántos siglos será preciso que transcurran antes que de nuevo tan propicias circunstancias concurren en la breve vida de algunas generaciones?

La revolución francesa, nacida en el seno de la paz y de una tradición de vieja disciplina de muchos siglos, la hizo una generación que había aprendido en una civilización cualitativa muy refinada, a razonar y a obedecer. La revolución rusa, nacida en plena guerra, en medio de una anarquía espiritual que en toda Europa no cesaba, desde hacía un siglo, de crecer y esparcirse a medida que la civilización tomaba un carácter cada vez más cuantitativo, la hacía una generación acostumbrada a no obedecer sino por la violencia y por la fuerza y a razonar con la lógica de la pasión y del interés.

La revolución francesa destruyó el Estado; pero libertó la industria, la agricultura, el comercio, encadenados por el sistema de antiguos privilegios y antiguos monopolios. La revolución rusa, al mismo tiempo que destruyó el Estado, lo paralizó todo: la industria, la agricultura y el comercio.

La revolución francesa arma a las masas, empieza las guerras de los pueblos, invade la mitad de Europa, destruye en todas partes las instituciones del pasado y moviliza una inmensa riqueza estancada—oro, plata, piedras preciosas, tierras—confiscada parte a la Iglesia, parte a la nobleza y el resto a los pequeños Estados, que desaparecieron en la tormenta. En las antiguas civilizaciones cualitativas todas las riquezas tendían a inmovilizarse y a dormirse. La Revolución las despierta y les obliga a

circular, indemnizando a Europa de las pérdidas y destrucciones que le había causado. Para curar la llaga de sus asignados, antes que se declarase la gangrena, la Revolución encuentra un remedio: los tesoros de Dios y los de los hombres.

La revolución rusa queda reducida a defenderse con los restos del ejército imperial. No ha podido cambiar en la organización militar de nuestra época más que el color de las banderas. Pero aun en el caso de que tuviera la fuerza de volver a empezar la gran incursión de su hermana mayor, ¿podría también esperar movilizar una inmensa riqueza estancada? La revolución rusa ha hecho importantes confiscaciones en su país; pero estas confiscaciones han movilizad y estancado riquezas que circulaban antes. Allí donde la revolución francesa avivaba, la revolución rusa mata—industria, comercio, agricultura, banca—porque los tiempos han cambiado. En las civilizaciones cuantitativas las riquezas son ya móviles por sí mismas, pero inviolables. Pierden su movilidad y su valor; mueren si se quiere hacerlas cambiar de propietario por la fuerza. No hay, pues, esperanza; la gangrena de los asignados devorará la revolución rusa.

La enorme sacudida de la revolución francesa había libertado en toda Europa energías latentes encadenadas hasta entonces. En el curso de dos siglos el hombre había acumulado un tesoro de conocimientos que podían hacer de él un semidiós. Desde mediados del siglo XVIII la población pululaba. Del otro lado del Océano, América inmensa, rica en climas, fecunda en cereales y cosechas, rebosante de metales y combustibles, no espera más que el nacimiento del hijo del Fuego y de la Imaginación, del gigante de músculos de acero, capaz de dominar grandes extensiones. Apenas fue inventado el ferrocarril, comienza la conquista de la tierra y de sus tesoros, principio de nuestra grandeza y poderío.

La revolución rusa se retira a las estepas, se aísla, contentándose con curar y ocultar sus llagas para no convertirse en el horror de la humanidad.

Los cien años que van de la batalla de Waterloo a la batalla del Marne, fueron una época fabulosa. Ningún siglo conoció los privilegios que un destino misterioso acumuló sobre la cabeza de este hijo querido. Pudo, asimismo, soñar con la anarquía, adorar la revolución, divertirse destruyendo y reedificando el mundo con su pensamiento, y todo gozando del orden más sólido y perfecto que haya jamás regido en la tierra. Pudo armar a la muerte de horribles guadañas de vapor en el seno de la paz más fecunda y del humanitarismo más tranquilo que haya jamás alegrado al mundo. El orden, que había surgido de las dos más grandes revoluciones de la historia—una política y otra económica—, era tan perfecto, que parecía formar parte de la naturaleza. Con la regularidad de los grandes fenómenos cósmicos—lunas, mareas, estaciones—centenares de millones de hombres iban por la mañana al trabajo y volvían por la tarde. Cada uno—obrero o millonario—encontraba en su medio cuanto podía desear. La sumisión a las leyes era tan rápida, segura y exacta como un movimiento reflejo. Un hecho: el dinero afluía a las arcas públicas más abundante que en los cofres del rey de Persia, y los hombres más pacíficos se precipitaban a los campos de batalla, y los padres sacrificaban a sus hijos.

Este cuento de hadas en acción ¿podía durar eternamente? Qué queda de este orden maravilloso sino algunos vestigios perdidos en un caos apocalíptico?

\* \* \*

A menudo nos hemos preguntado con terror si se ha desviado el eje de la tierra, si se ha dislocado el universo, si ha caído en delirio la razón. No: lo que sucede es, en

su trágico horror, mucho más sencillo. Vamos a entrar de nuevo en el «eterno pasado», en las leyes comunes a la humanidad. Las guerras y las revoluciones forman, a título semejante a los del orden y la paz, parte de nuestro destino aquí abajo. Pero, por su naturaleza, son dolorosos experimentos y no aventuras triunfales; el cáliz de la amargura, que algunas épocas han de apurar por aquellas que les precedieron o por las que han de seguirles, y no la copa de la embriaguez y del júbilo, reservada a los afortunados del mundo. Ya no sabemos—generaciones dichosas o desgraciadas—lo que eran la guerra y la revolución. Poetas y filósofos juegan con ellas. Aprendemos de nuevo a conocerlas. Y este caos universal, de imperios y de ideas, de pueblos y doctrinas, no es más que una gran simplificación. La mano misteriosa que dirige las cosas del mundo, ha escrito allí, como de ordinario, en caracteres borrosos si se les mira de cerca, pero que se aclaran y precisan retrocediendo un poco, algunas sencillas verdades que habíamos olvidado. Por ejemplo, que el fuego quema y que no es más cómodo destruir que crear.

Sí, la revolución rusa nace de la revolución francesa; pero más de un siglo después, y no es, no, la repetición de lo que no puede ni podrá jamás repetirse. Una es el principio; otra, el fin de una época, de una gran época. La Revolución francesa es la puerta flamígera por la que la civilización occidental se lanza, joven, ardiente, indiferente, a la fabulosa aventura de la conquista de la tierra.

Con la revolución rusa cae por primera vez en mitad del camino, cansada, jadeante, envejecida, y se hiere en las rodillas.

Recobrará alientos, volverá a levantarse, curará su herida y emprenderá su ruta el día que comprenda de nuevo el profundo sentido de la humilde oración que duran-

te tantos siglos le había enseñado la Iglesia, y que había, casi olvidado desde hacía un siglo:

*A peste, fame, et bello,  
Libera nos, Domine.*

Mas ¿cuánto tiempo será preciso que transcurra antes que los oídos, sordos hoy, se abran de nuevo a esta antigua palabra de verdad? Nuestra voluntad se extravió una vez más. Cree marchar hacia un porvenir lleno de sorpresas deslumbrantes, cuando ha vuelto a entrar ya en «el eterno pasado», erizado de pruebas harto conocidas.

GUGLIELMO FERRERO

---

## Las fuentes del Derecho

*(Conclusión)*

La facultad de proponer edictos, que fue primitivamente de los pretores y que pasó luego a los cónsules y magistrados, vino a corresponder a los emperadores, cuyas providencias tomaron el nombre de constituciones imperiales. Al parecer, éstas comenzaron con Vespaciano, pero su fuerza resulta desde Adriano, ya que en tiempo de éste y sus sucesores ellas fueron sustituyendo las determinaciones del senado hasta anularse éstas por completo, y ser el todo de las leyes la voluntad monárquica. Ya no hubo pontífice máximo ni tribuno de la plebe, y en manos del príncipe cayeron lo religioso y lo civil.

Entre las constituciones cítanse los edictos, los mandatos, los rescriptos y los decretos, de los cuales las dos últimas categorías puede decirse se asimilaban a los edictos, en cuanto su alcance era casi tan general como el de éstos. Los llamados senadores o caballeros encargábanse de la formación de las constituciones; y se da el nombre de *jura* a las obras donde quedaban interpretadas por los jurisconsultos las fuentes del derecho.

Adviértese ahora, al lado de la gran utilidad de los edictos pretorianos la eficacia de las decisiones de los prudentes.